

Fuentes sobre Aspasia de Mileto

Aspasia en la comedia ática

Autor	Obra	Fecha aprox.	Tratamiento de Aspasia
Aristófanes	<i>Acarnienses</i>	425 a.C.	La culpa de la Guerra del Peloponeso se atribuye satíricamente a Aspasia, en venganza por el maltrato a hetairas milesias.
Aristófanes	<i>Aves</i>	414 a.C.	Alusión burlesca e indirecta a su influencia sobre Pericles.
Cratino	<i>Cheirón</i> (fragmentaria)	Mitad s. V a.C.	Referencias críticas a la influencia política de Aspasia sobre Pericles.
Eupolis	<i>Demoi</i> (fragmentaria)	Final s. V a.C.	Presenta a Aspasia entre figuras políticas, siempre en clave satírica.
Hermipo	<i>Moirai</i> (Las Moiras)	Mitad s. V a.C.	Ataque directo: la acusa de corromper a las mujeres atenienses y de tener un poder indebido.

Aspasia en las fuentes filosóficas

Autor	Obra	Siglo	Tratamiento de Aspasia
Platón	<i>Menéxeno</i>	IV a.C.	Sócrates atribuye a Aspasia la autoría de un discurso fúnebre. Tono irónico, pero reconoce su habilidad retórica.
Jenofonte	<i>Económico</i>	IV a.C.	Aspasia aparece como modelo de sabiduría en temas domésticos y de educación. Muestra su prestigio como consejera.
Plutarco	<i>Vida de Pericles</i>	I-II d.C.	Relata su relación con Pericles, su influencia política y cultural. La presenta como figura relevante pero polémica.
Plutarco	<i>Moralia</i>	I-II d.C.	Recoge anécdotas y comentarios sobre su sabiduría e influencia.

Jenofonte. Recuerdos de Sócrates.

Critobulo: ¿Y por qué me habías así, dijo Critobulo, como si no dependiera de ti al hablar de mí el decir lo que quieras?

Sócrates: No, ¡por Zeus!, como oí decir en cierta ocasión a Aspasia. Decía, en efecto, que las buenas casamenteras son muy hábiles para reunir personas en matrimonio cuando los informes que transmiten son verdaderos, pero que, en cambio, no se muestran dispuestas a hacer elogios falsos, porque los que se descubren engañados se odian entre ellos y también a la casamentera. Yo también, convencido de que tenía razón, creo que no podría decir en elogio tuyo nada que no sea verdad.

Platón. Menéxeno.

SÓCRATES. Me sorprende, mi querido Menexenes, que me digas si soy capaz, cuando he aprendido la retórica bajo la dirección de una de las profesoras más hábiles, que ha formado un gran número de oradores excelentes, sobre todo uno que no tiene rival entre los griegos, que es Ferieles, hijo de Jantipo.

MENEXENES. ¿Quién es? Aunque sin dudar, será Aspasia la que quieras decir.

SÓCRATES. En efecto; y también Connos, hijo de Metrobo. He aquí mis dos maestros, este en la música y Aspasia en la retórica. No es una cosa extraordinaria que un hombre formado de esta manera sobresalga en el arte de la palabra. Pero cualquiera otro, que no hubiera recibido tan buena enseñanza como yo, aun cuando hubiera tenido por maestros a Lampro para la música, y a Antifon de Ramnusa, sería perfectamente capaz, alabando a los atenienses delante de los atenienses, de merecer su aprobación.

MENEXENES. Y si tuvieras que hablar ¿qué dirías?

SÓCRATES. De mi propio caudal quizá nada. Pero Aspasia, sin ir más lejos, pronunció ayer delante de mí un elogio fúnebre de estos mismos guerreros. Sabía lo que acabas de anunciarde: que los atenienses debían elegir un orador, y entonces para darnos un ejemplo de lo que debería decirse, tan pronto improvisaba, tan pronto recitaba de memoria pasajes que acomodaba al objeto, tomándolos del elogio fúnebre que pronunció Pericles, y cuya producción tengo por suya.

MENEXENES. ¿Y podrías recordar las palabras de Aspasia?

SÓCRATES. Pobre de mí, si no las recordara. Las aprendí de ella misma, y poco faltó para que me pegara por mi falta de memoria.

MENEXENES. ¿Quién te impide repetírnosla?

SÓCRATES. El temor de ofender a la profesora, si supiese que yo había recitado su discurso en público.

Plutarco. *Vidas paralelas: Pericles.*

Como parece ser que se llevó a cabo la campaña contra Samos por agradar a Aspasia, esta sería una inmejorable oportunidad para indagar sobre la mujer, sobre qué grandes artes o poderes tenía para someter a los principales políticos y proporcionar materia de no torpes ni escasos discursos sobre ella a los filósofos. Es conocido que era de origen milesio e hija de Axíoco. Se cuenta que se enfrentó a los más poderosos entre los hombres por imitar a Targelia, una mujer jonia de tiempos remotos. Esta Targelia había llegado a ser una mujer de hermosa figura, agraciada y dotada de habilidades. Tuvo relaciones con muchísimos varones griegos y a todos los que se le acercaban se los ganó para la causa del rey persa. Sembró el origen de la simpatía hacia los persas entre las ciudades a través de ellos, hombres muy poderosos e influyentes. Unos dicen que Aspasia fue instruida por Pericles para que se convirtiera en una mujer sabia y entendida en política. Incluso Sócrates en ocasiones caminaba acompañado de mujeres, y los hombres más próximos a ella le llevaban sus esposas para que la oyieran, aunque gestionaba un negocio no honesto ni respetable, sino que mantenía a jóvenes cortesanas. Esquines dice que Lisicles, el tratante de ovejas, de origen plebeyo y humilde, se convirtió en el primero de los atenienses gracias a su cercanía a Aspasia tras la muerte de Pericles, y en el Menéxeno de Platón, si bien su primera parte tiene un tono jocoso, consta en tanto que parte de su narración que la mujer tenía fama de que su oratoria atraía a muchos atenienses. Con todo, parece más cierto que el afecto de Pericles llegó a ser, de alguna manera, pasional. Tenía él una esposa de similar linaje que había sido anteriormente mujer de Hipónico, con quien tuvo a Calias, llamado «El Rico». Con Pericles tuvo a Jantipo y Páralo. Posteriormente, dado que la convivencia entre los esposos no era agradable, Pericles entregó su mujer a otro hombre con la anuencia de ella y él tomó a Aspasia, a la que amó extraordinariamente. Según se cuenta, a diario, al ir y al venir del ágora, la saludaba con un beso. [...]

Se acusa sobre todo a Pericles de haber declarado la guerra a los samios por petición de Aspasia y en beneficio de los milesios. [...]

Por aquel tiempo, Aspasia fue llevada a juicio por impiedad. La encausó e imputó Hermipo, el comediógrafo, con el cargo de recibir en casa a mujeres libres para tener relaciones con Pericles. Diopites, también, promulgó un decreto para procesar a quienes no respetaban a los dioses o impartían enseñanzas sobre los cielos, basándose en las sospechas sobre Pericles, discípulo de Anaxágoras. El pueblo aceptó y admitió las calumnias, de modo que se ratificó el decreto que había redactado Dracontides para que las cuentas de sus bienes fueran depositadas por Pericles en la sede de los prítanos y para que los jueces dieran su veredicto ante la ciudad mediante votación desde el altar de la diosa; pero Hagnón eliminó esta parte del decreto y escribió que la causa fuera juzgada por mil quinientos jueces, ya se quisiera hacer por robo, ya por soborno o malversación. Pericles disculpó a Aspasia vertiendo por ella muy abundantes lágrimas durante el juicio, como dice Esquines, y suplicándole a los jueces. Como albergaba temor por Anaxágoras, lo mandó sacar de la ciudad. Puesto que había chocado con el pueblo por causa de Fidias y temiendo al tribunal, incendió la inminente guerra y le prendió fuego secretamente, con la esperanza de distraer las acusaciones y rebajar las envidias en medio de graves circunstancias y peligros, de modo que la ciudad se le ofreciese a él solo en razón de su dignidad y poder. Éstas, se afirma, son las causas por las que no permitió al pueblo ceder ante los lacedemonios. La verdad, con todo, no está clara.